

ALOCUCIÓN RADIAL EN LA CELEBRACIÓN DEL VIERNES SANTO

MONS. EMILIO ARANGUREN ECHEVERRÍA, OBISPO DE HOLGUÍN (- LAS TUNAS)

19 de abril de 2019

Canción: "En la cruz murió el hombre un día" (n. 251)

Queridos hermanos y amigos que, han sintonizado la emisora provincial Radio Angulo en Holguín o Radio Victoria en Tunas, y escuchan este mensaje con ocasión de la Semana Santa que hemos iniciado el pasado Domingo y concluiremos, después de celebrar el Jueves y Viernes Santo, en la Solemne Vigilia Pascual que nos abre la puerta del Domingo de Resurrección.

Al igual que en años anteriores, nuevamente les habla el padre obispo de Holguín y Las Tunas, Emilio Aranguren Echeverría quien, con gozo espiritual, quiere compartir con ustedes, la alegría de saber que, en muchas comunidades, a lo largo y ancho de nuestro extenso territorio diocesano, comenzamos -el pasado sábado y domingo- la Semana Santa con la bendición y procesión de los Ramos. De esta forma, recordamos y actualizamos las aclamaciones con las que -hace más de 20 siglos- recibieron a Jesús a su entrada en Jerusalén y, poco después, la lectura de la Pasión del evangelista San Lucas. Por tanto, en la misma celebración, estuvieron las aclamaciones y, junto a ellas, también escuchamos y pensamos en la humillación experimentada por Jesús: los gritos de fiesta y, a su vez, el ensañamiento feroz.

El Papa Francisco, en las palabras que dirigió a los que estaban presentes en la Basílica de San Pedro en Roma, dijo: "Este doble misterio acompaña cada año la entrada en la Semana Santa, en los dos momentos característicos de esta celebración: la procesión con las palmas, al principio, y luego la lectura solemne de la narración de la Pasión".

Y, a continuación dijo: "Dejemos que esta acción animada por el Espíritu Santo nos envuelva, para obtener lo que hemos pedido en la oración: acompañar con fe a nuestro Salvador en su camino y tener siempre presente la gran enseñanza de su Pasión como modelo de vida y de victoria contra el espíritu del mal".

Con esa invitación el Papa nos ayuda a pensar en cómo "Jesús nos muestra la manera en que hemos de afrontar los momentos difíciles y las tentaciones más insidiosas, cultivando en nuestros corazones una paz que no es distanciamiento, no es impasividad o creerse un superhombre, sino que es un abandono confiado en el amor de Dios Padre".

Por eso, con su entrada en la ciudad de Jerusalén, Jesús nos mostró el camino, ya que, en ese momento, pudo haberse sentido atraído por el triunfalismo, es decir, sentirse grande, reconocido y aclamado por todos y, sin embargo, Jesús respondió permaneciendo fiel a su camino, el camino de la humildad y de la disposición de servir a cuantos lo necesiten.

En esta ocasión, el Papa enfatizó que "el triunfalismo de gestos y palabras que no ha pasado por el crisol de la cruz, se alimenta de la comparación con los demás, juzgándolos siempre como peores, con defectos" y limitaciones. Es interesante, hermanos y hermanas que me escuchan, que nos demos cuenta que "Jesús destruyó el triunfalismo con su Pasión". Estos son los momentos de la vida de Jesús que los cristianos recordamos y celebramos en estos días santos.

¡Qué bueno es que nos demos cuenta que Jesús, al entrar en Jerusalén montado en el burrito, aceptó ser reconocido como Rey y Mesías, ya que humildad no significa negar la identidad, y Jesús es realmente el Mesías, el Rey. Igual pasa el Jueves Santo, cuando -durante la Última Cena- Jesús lava los pies de los apóstoles y, al terminar les dice: "Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien porque lo soy", y añade, "pues si yo que soy Maestro y Señor he hecho esto con ustedes, hagan ustedes lo mismo" (cf. Jn. 13,13-14)

Con esta actitud, Jesús nos enseña que el verdadero triunfo conlleva despojarse, vaciarse de sí mismo, callar, servir, rezar, humillarse, tener capacidad de inclinarse ante el otro. Por eso, Él mismo nos invitó diciendo: "Quien quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga" (Mc. 8,34). Es decir, con la cruz no se puede negociar, ... o se abraza o se rechaza.

Algo hermoso -y algo propio de la Semana Santa- es fijarnos que la primera discípula de Jesús fue María, su madre. Ante los duros y dolorosos acontecimientos de la vida, responder con fe cuesta, se hace difícil, como dijo San Juan Pablo II: «*una particular fatiga del corazón*»¹. María lo hizo en el primer Viernes Santo de la historia, mientras Jesús iba camino del Calvario y, después, junto a la cruz junto al pequeño grupo o comunidad que la acompañaba.

¡Esa es la noche de la fe!, pero solo a partir de esta noche despunta el alba de la resurrección.

Sí, queridos hermanos y amigos que me escuchan, pensemos en lo que el Ángel le había anunciado a aquella joven creyente, cuando le anunció que había sido escogida para ser la madre de su Hijo, diciéndole: “*Será grande ... y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*” (Lc 1,32-33). Por tanto, en el Monte Calvario, María se enfrenta a la negación total de esa promesa, ya que su Hijo agoniza sobre una cruz como un criminal. El trono, el reinado, el poderío que, en palabras humanas, anunciaban triunfalismo, había quedado destruido por la humillación de Jesús.

En esa tarde sagrada, ambos, Jesús -el hijo- y María -la madre-, supieron callar y, una vez más, ella “*guardaba todas estas cosas en el silencio de su corazón*” (cf. Lc. 2,19).

Es para nosotros una hermosa enseñanza: saber guardar silencio, ya que el silencio de Jesús en su Pasión es impresionante, y de esa forma, es capaz de vencer la tentación de responder. El mejor ejemplo es cuando “*Pilato lo interroga diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. Pero Jesús no respondió nada más, de modo que Pilato se quedó extrañado*” (Mc. 15,5)

Con esta actitud Jesús deja en nosotros una enseñanza para que, en los momentos de oscuridad y de gran tribulación, sepamos saber callar, tener el valor de callar, siempre que sea un callar manso y no rencoroso. Puede ser que la mansedumbre del silencio haga, en muchas ocasiones, que el silencio sea interpretado como debilidad. No importa, es necesario mantener la calma. Esa es la hora de Dios. Es el momento para guardar el silencio de la oración y de la ofrenda, de la confianza y de la esperanza, tal como lo hizo Jesús y como lo hizo María.

Una hermosa tradición se realiza en muchas comunidades cristianas, durante la mañana del Sábado Santo, cuando los fieles se reúnen para acompañar a María en su soledad, en el silencio de la Madre que, por una parte experimenta la ausencia del hijo y, juntamente, la fe en Él le permite guardar encendida la llama de la Esperanza. Esta experiencia es la que nos ayuda a todos a cantarle a María: “*Madre de todos los hombres, enséñanos a decir ‘Amén’*” y, a la vez: “*Santa María de la Esperanza, mantén el ritmo de nuestra espera*”.

¡Cuánto bien podemos hacer los cristianos cuando compartimos con los demás la fe que nos anima y fortalece a lo largo de nuestra vida! Es lo que, en el transcurso de estos días, anunciamos y celebramos, pero que -de manera especial- estamos llamados a vivir y testimoniar con el mismo ejemplo de nuestra vida.

Por eso, en esta Semana Santa de 2019, quiero darle gracias infinitas a Dios, por el obispo emérito Mons. Héctor Luis Peña Gómez, por los sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, y tantos y tantos laicos que, a lo largo de los 40 años que cumplimos como Iglesia Diocesana, con devoción, esmero y sacrificio han celebrado los Misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo en nuestros templos y casas de misión, para que muchos niños de ayer y hombres y mujeres de hoy, y muchos niños y jóvenes de hoy que serán los hombres y mujeres del mañana, se enriquezcan con la vida en abundancia que Jesús, Buen Pastor, nos dejó como tesoro de gracia que alimenta y fortalece nuestra fe y nos anima a vivir el mensaje cristiano, fundamento básico para hacer el bien y vivir la virtud. ¡Esa es nuestra Esperanza!

Invito a quienes viven en la ciudad de Las Tunas para que hoy, Viernes Santo, a las 5.00 pm participen en el Vía Crucis que se escenificará en la Plaza Cultural. De igual forma, a quien residen en la ciudad de Holguín, para que se unan en la procesión al finalizar las celebraciones de las 7 de la noche en la Catedral y San José, respectivamente.

Que Dios les bendiga a todos y que la invitación martiana para “*aprender a morir todos los días en la Cruz con Jesús*”, nos sirva de oración, estímulo y guía. Así, al igual que al pie de “*la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, y María Magdalena junto (a Juan) el discípulo amado*” (Jn. 19,25-26a) hoy, toda la Iglesia, espere con confianza y esperanza el despuntar del alba de la Resurrección.

¡Feliz Pascua de Resurrección!

¹ cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris Mater*, 17